te todo lo que nos parece bello, útil y verdadero.... Asi somos, caballero. Nosotros mismos nos llamamos la colonia de los entusiastas, y los malévolos del país nos dicen el hotel de Rambouillet. La envidia, como sabéis; es una planta que no florece en provincia; pero aqui, por excepcion, tenemos algunos envidiosos, lo cual constituye una desgracia para ellos, y nada mas.... Asi, pues, cada cual trae aqui el tributo de sus lecturas y meditaciones, su viejo libro de almohada ó su periódico de la mañana, se habla sobre ello, se comenta, se discute y no se disputa jamás. La misma política, esa madre de la discordia, no ha conseguido introducirla entre nosotros; lo cual no deja de ser extraño, caballero, porque en nuestro reducido cenáculo están representadas las opiniones mas contradictorias. Yo soy legitimista, el doctor Durocher, mi médico y amigo, es francamente republicano; Hedouin, el preceptor, es parlamentario; el señor subprefecto es adicto al gobierno, como debe serlo; el señor cura es algo romano; yo soy galicano, *et sic de ceateris.* Pues bien, caballero: nos ponemos de acuerdo maravillosamente, lo cual consiste en que todos tenemos buena fé, cosa que es muy rara, señor conde; todas las opiniones contienen en el

fondo algo de verdad, y con algunas concesiones mútuas, todas las personas honradas se encuentran muy cerca de tener la misma opinion.... En fin, caballero: ¿qué os diré? La edad de oro reina en mi salon, ó, mejor dicho, en el salon de mi sobrina; porque, si quereis conocer la divinidad que nos proporciona estos ocios, es neserario que mireis á mi sobrina. Por agradarla, por satisfacer su buen gusto, á su buen sentido y á su perfecta medida en todas cosas, cada uno de nosotros abjura el exceso de la pasion que echa á perder las mejores causas. En una palabra, señor Conde; nuestro lazo comun es el amar, así como es tambien nuestra virtud comun, porque todos estamos enamorados de mi sobrina....: yo en primer lugar.... Despues Durocher, desde hace treinta años....; en seguida el Subprefecto y todos estos estos señores...., y vos tambien, señor Cura.... ¡Vamos, vamos! Vos tambien estais enamorado de Elisa, de la manera más pura, por supuesto, como lo estoy yo, y lo estamos todos, y como lo estará muy pronto el señor de Camors, si es que no lo está ya. ¿verdad señor Conde?

El señor de Camors declaró, con sonrisa de tigre jóven, que se sentia muy dispuesto á ratificar la profecia del señor Des Rameu-

res; despues de lo cual volvieron al salon. La reunion habia aumentado con algunas personas de uno y otro sexo, que habian llegado en carruage ó á pié, de la ciudad inmediata ó de las campos cercanos. El señor Des Rameures no tardó en coger el violin, y mientras lo afinaba, la niña Maria, que era artista brillante, se sentó al piano, y su madre se colocó á su espalda, dispuesta á marcar el compás sobre su hombro.

—Esto, señor de Camors, no os parecerá nuevo; es sencillamente la serenata de Schubert; pero la hemos arreglado un poco, ó desarreglado, á nuestro modo; vos juzgareis. Mi sobrina canta, y le contestamos alternativamente el señor cura y yo.... *Arcades ambo*.... él con su violonchelo, y yo con mi Stradivarius. Vamos, querido párroco, comenzad... *Incipe Mopse prior!*

No obstante la ejecucion magistral del anciano y el selecto acompañamiento del Cura, la señora de Tecle pareció al conde la mas notable de los tres aficionados. La tranquilidad de sus facciones y la dignidad de su actitud formaban con el apasionado acento de su voz notabilísimo contraste. La fuerza de atraccion le llevó muy pronto al piano, y ejecutó un acompañamiento difícil con verdadero talento. Tenia, ademas, el

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

jóven agradable voz de tenor, que manejaba bien, y todo esto, exhibido con oportunidad y sin aparato, produjo el mejor efecto del mundo.

En seguida se mantuvo apartado todo el resto de la velada, limitándose á observar y á asombrarse, porque el tono de aquella corta reunion era, en verdad, sorprendente, encontrándose tan lejano de la familiaridad vulgar como de la afectacion pretenciosa. Nada se parece tanto á una porteria como algunos salones de provincia: nada que se parezca tanto á los saloncillos de teatros cantantes como ciertos salones de Paris; pero la reunion á que asistia Camors, sin tener nada de lo primero ni de lo segundo, parecia sesion académica particular. Rayando algunas veces la conversacion en franca cordialidad, nunca descendia á asuntos bajos, versando preferentemente sobre cuestiones elavadas de literatura, artes ó política; pero aquellas delicadas personas sabian tocar ligeramente las cosas mas serias y con sencillez las mas altas. Encontrábanse alli cinco ó seis mujeres, algunas de ellas bonitas, todas distinguidas, que habian adquirido la costumbre de pensar, sin perder el gusto de reir ni el de agradar. En aquel extraño grupo parecian todas las inteligencias al mismo nivel y de

la misma fuerza, porque vivian en la misma region, y esta region era superior. Preciso es decir tambien que se encontraban bajo el mismo encanto, y que este encanto era soberano. La señora de Tecle, indiferente en apariencia, sepultada en su butaca y trabajando en su bordado, lo animaba todo con una mirada y todo lo moderaba con una mirada. La mirada era irresistible, y la palabra siempre oportuna: estos espíritus puros no tienen nubes, y no habia buen gusto mas seguro que el suyo. En todo se expresaba su decision, como sentencia de juez que se teme, ó como de mujer que se ama.

Aquella noche no se leyeron versos, y el conde de Camors no lo sintió. Hablóse sucesivamente, en los descansos de la música, de una comedia nueva de Augier, de una novela de Jorge Sand, de un poema de Tennyson y de los asuntos de América. Despues dijo el señor Des Rameures, dirigiéndose al cura:

—Mi querido Mopsus, el juéves pasado ibais á leernos vuestro sermon sobre la supersticion, cuando os interrumpió aquel bromista que se subió al arbol para oiros mejor.... Ahora podeis desquitaros. Sentaos aqui, querido pastor, os escuchamos.

El digno párroco sacó el manuscrito, y

empezó á ler el sermon, que no trancribimos á pesar del ejemplo de nuestro amigo Sterne, por no mezclar demasiado lo sagrado con lo profano. Bastará que digamos que tenia por objeto enseñar á los feligreses de la parroquia de Reully á distinguir los actos de fé, que elevan el alma y agradan á Dios, de los de la supersticion, que degradan á la criatura y ofenden al Criador. El sermon, aunque redactado con gusto, parecía encaminado á realzar la moral evangélica mas bien que el talento del orador. Algunas personas, sin embargo, y entre ellas el señor Des Rameures, sensuraron algunos pasajes como superiores á las inteligencias sencillas de aquellos á quienes se dirigían; pero la señora de Tecle, apoyada por el republicano Durocher, sostuvo que se desconfiaba demasiado de la inteligencia popular, que frecuentemente se la rebaja sopretexto de colocarse á su nivel, y los párrafos censurados quedaron firmes.

Ignoro como se pasó del sermon al matrimonio del General Campvallon; pero á el se llegó, y debia llegarse, porque era la conversacion del pais en veinte leguas á la redonda. Este asunto despertó la vacilante atencion del conde de Camors, y su interés creció de punto cuando el Subprefecto insi-

nuó, con ciertas reservas, que el General, ocupado en otros asuntos, podría dimitir su cargo de diputado.

—¡Eso seria muy embarazoso para nosotros!—exclamó el señor Des Rameures.—¿Quién diablo lo habia de remplazar? Formalmente os prevengo, querido Subprefecto, que si quereis imponerme aquí algun alegre parisién con su flor en el ojal, lo devuelvo á su casino con flor y todo. ¡Esto podeis considerarlo como cosa decidida, caballero!

—¡Tio!—dijo á media voz la señora de Tecle, indicando con una ojeada al conde de Camors.

—Te comprendo, sobrina—contestó riendo el señor del Rameures;—pero suplicaré al señor de Camors, que en ningun caso puede suponerme intencion de ofenderle; le suplicaré, repito, que tolere las manias de un viejo, y que me deje toda libertad de mi lenguaje sobre el único asunto que me hace perder la serenidad.

—¿Y qué asunto es ese, caballero?—preguntó Camors con suma amabilidad.

—Ese asunto, caballero, es la insolente supremacía de Paris sobre el resto de Francia. No he puesto los pies en Paris desde el año de 1825, con objeto de demostrarle el horror que me inspira.... Sois un jóven

instruido y sensato, y supongo que tambien sois buen francés.... ¡Pues bien! ¿os parece justo y conveniente que París nos envíe cada mañana ideas hechas, nuestros chistes hechos, nuestros diputados hechos...., y que toda Francia no sea otra cosa que humilde y servil barrio de su capital?.... ¡Hacedme el favor de contestar á esto, caballero!

—¡Dios mio! Tal vez hay algun exceso en la extremada centralizacion de Francia; pero en último caso, todo pais civilizado tiene su capital, siendo necesaria una cabeza á las naciones como á los individuos.

—Acepto vuestra imágen, caballero, y la vuelvo en contra vuestra.. Sí, es indudable; las naciones necesitan cabeza lo mismo que los individuos: sin embargo, la cabeza es disforme y monstruosa, la señal de la inteligencia se convierte en señal de idiotismo, y, en vez de hombre de genio, teneis un hidrocéfalo. Fijaos bien, caballero, en lo que va á contestarme el señor Subprefecto.... ¡Querido Subprefecto, sedme franco! Si mañana quedase vacante la diputacion de este distrito, ¿encontrariais en él, y hasta en el departamento entero, un hombre apto para desempeñar inmediatamente el cargo de diputado?